



### ETAPA del Encuentro: Cristiano (Discípulo)

Meditación:	“Lectio Divina”: Parábola del Padre Misericordioso
Charla/testimonio:	<b>La Vida del Hombre Viejo</b>
Charla/testimonio:	El Sentido de mi Vida: El Jesús de mi Vida
Charla doctrinal:	Jesús de la Historia Vía Crucis
Meditación:	La película de mi vida

17:30	<b>06 - La Vida del Hombre Viejo</b> (Doctrinal/testimonial) Es el tema del pecado. Comienza el ciclo de preparación para la Reconciliación	Auxiliar Sala de charlas ¿?	<b>Rom 7,19-25</b> <b>Jn 8</b>	Zamba del perdón, Guía p.110 SLIDES: Yo tampoco te condeno	“Por qué no hago el bien que quiero sino el mal que no quiero” Carta de san Pablo “La vida del Hombre Viejo”, Guía p.41
-------	--	-----------------------------------	-----------------------------------	---	--

18:15 Reunión de Grupos  
Primero un momento en silencio para respuesta personal escrita en el cuaderno.

“Examen de conciencia”, Guía p.42

### 06 - Charla doctrinal/testimonial: La Vida del Hombre Viejo

**Metodología:** Charla

**Duración:** No más de 30 minutos

**Finalidad:** Presentar la falibilidad humana y renovar la confianza en la Misericordia de Dios. Se debe evitar que queden temas sin “emerge”, para que todo sea dialogado ahora y no resuma en las charlas de noviazgo y familia del Domingo.

**Núcleo Bíblico:**

Evangelio según San Juan Cap. 8

- 1 Mas Jesús se fue al monte de los Olivos.
- 2 Pero de madrugada se presentó otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles.
- 3 Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio
- 4 y le dicen: « Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio.
- 5 Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices? »
- 6 Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra.
- 7 Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: « Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra. »
- 8 E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra.
- 9 Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio.
- 10 Incorporándose Jesús le dijo: « Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? »
- 11 Ella respondió: « Nadie, Señor. » Jesús le dijo: « Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más. »
- 12 Jesús les habló otra vez diciendo: « Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida. »

**Núcleo doctrinario:**



### ¿A qué quiero llegar con esta actividad?:

- Conseguir que el participante tenga la firme convicción de que el pecado es el *fracaso de la vida*, puesto que se opone a la esencia misma del hombre, a nuestro perfeccionamiento humano, y sobrenatural, a nuestra verdadera felicidad y, en una palabra, al plan amoroso de Dios sobre el hombre.
- Proponer a los participantes que tengan un verdadero “odio al pecado” en general.
- Dar los principios para fundamentar una moral cristiana positiva. Que el renunciamiento y el dominio de sí mismo tenga por objeto jerarquizar y armonizar las diversas tendencias del hombre para edificar una verdadera personalidad cristiana y así estar capacitados para darse por entero a Dios y al prójimo.
- Mover al arrepentimiento a los que aún no se hayan confesado
- Desplegar el gran ideal del joven cristiano: Vivir con una Vida que cobra sentido y plenitud en Dios
- Hacerle abrir jubilosamente los ojos ante esta realidad conocida y desconocida de la vida divina de la GRACIA SANTIFICANTE.
- Enaltecer el BAUTISMO, causa de la vida y filiación divina.

### ¿Qué no puede faltar?:

- Esta charla se presentará dentro de un enfoque positivo.
- La estrategia consistirá en descubrir las actitudes erróneas que frecuentemente existen sobre el pecado, para superarlas, llevando a la práctica de un cristianismo auténtico.
- La charla deberá conseguir que el participante adquiera la convicción de que la vida cristiana no consiste sólo en evitar el pecado, sino principalmente en seguir a Cristo.
- Sobre todo, se procurará remover la actitud de quienes se conforman con no cometer el pecado mortal para no condenarse.
- Se procurará enfatizar en esta charla, por antítesis, el mensaje dado en las charlas precedentes, haciendo ver que el pecado va contra el amor al HOMBRE y contra el amor a CRISTO.
- Aunque esta charla deberá hacerse interesante mediante comparaciones y testimonios de *actitudes positivas* ante el pecado, se evitará en absoluto hacer casuística.
- *Al hablar de la pérdida de la salvación (infierno)* se procurará hacerlo desde lo cotidiano, relacionando a continuidad de esta vida con lo que sucede después de la muerte, tal manera que en lugar de las discusiones sobre la bondad y la justicia de dios, nos adentremos en el misterio de la autodeterminación que acompaña nuestra libertad. Se mencionará la pena de *daño*, o sea, la pérdida definitiva del padre Dios para el que fuimos creados.



### Aporte para la reflexión personal:

#### EL PECADO

##### Raniero Cantalamessa

Ahora, vamos a hacer un repaso de lo dicho esta mañana como buenos alumnos: ¿Qué es lo opuesto a "santos"? Fracasados. Y ¿qué es la santidad, según M. Teresa? ¿un lujo? No, una necesidad. Y ¿a cuál de las artes se parece la santidad? A la escultura, porque es el arte de quitar. ¿Quitar qué cosa? Los vicios. Muy bien, veo que habéis aprendido muy bien la lección.

A propósito de fracaso, he dicho que también los predicadores pueden fracasar, y voy a deciros cómo pueden hacerlo. Había hace algunos siglos un famoso predicador capuchino que vivía en Italia, pero que era de origen español. Se llamaba Fray Lobo. Había sido predicador pontificio también él y en su ancianidad enseñaba la elocuencia a los jóvenes capuchinos. Y decía: cuando después de un sermón, de una predicación, la gente se amontona alrededor de vosotros y dicen maravillas de vuestra predicación, id a vuestra celda y llorad porque habéis fracasado. Si, en cambio, después de vuestra predicación veis a la gente ajustándose el sombrero en la cabeza y en silencio salir de la Iglesia, entonces vuestra predicación ha tenido éxito, alegraos. ¡No me hagáis fracasar!

En nuestra charla de esta mañana hemos tratado de la santidad en general, a través de las tres operaciones que son: la contemplación, la apropiación y la imitación. Ahora vamos a considerar el contenido de la santidad, es decir, en qué consiste. Digamos en seguida que este contenido tiene dos aspectos: un aspecto negativo, que es la liberación del pecado, y un aspecto positivo, que es el don del Espíritu Santo o de la vida nueva.

Así fue descrita la salvación en los profetas, por ejemplo, en Ezequiel: *"Os rociaré con un agua pura y os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías"*. He aquí el aspecto negativo, quitar el pecado. Y después: *"Os daré un corazón nuevo, pondré dentro de vosotros mi Espíritu"*.

He aquí el aspecto positivo.

Estos dos aspectos son interdependientes. La liberación del pecado es el presupuesto para entrar en el Señorío de Cristo y recibir el Espíritu Santo. Jesús decía: *"Nadie pone el vino nuevo en odres viejos"*, y sabemos que los odres viejos son los corazones llenos de pecado. Decía San Agustín: *"Tú debes ser rellenado de bien; libérate, pues, del mal. Supón que Dios te quiere llenar de miel. Si estás lleno de vinagre ¿dónde pondrás la miel?"*

Hay que echar el contenido del vaso, es más, hay que limpiar bien el vaso, limpiarlo con energía y rasparlo, para que pueda recibir la nueva realidad".

Vamos a reflexionar, entonces, en esta charla sobre el primer aspecto negativo que es la liberación del pecado.

Este pasaje de la carta a los Romanos nos sirve de guía: *"¿Qué diremos, pues? ¿Que debemos permanecer en el pecado para que la gracia se multiplique? ¡De ningún modo! Los que hemos muerto al pecado ¿cómo seguir viviendo en él?"* Tened esto presente: nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruido el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado. *"Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús"*. *"No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal"*.

Imaginemos esta reflexión como una emigración en masa, una emigración del Egipto del pecado hacia la tierra prometida. Se trata de un verdadero y propio éxodo pascual. A través de las palabras del Nuevo Testamento que hablan de liberación del pecado, podemos determinar cuales son las acciones, los pasos o las etapas que debemos realizar para llevar a cabo nuestra emigración de Egipto.

**PRIMER PASO: Reconocer el pecado.** El mundo ha perdido el sentido del pecado. Como si se tratase de la cosa más inocente del mundo, condimenta con la idea de pecado sus productos y espectáculos para hacerlos más atractivos. No sé si esto es también así en España. Realmente lo es en Italia. El mundo habla del pecado, incluso de los más graves, en diminutivo: "pecaditos", "pequeños vicios". Esto es todavía más claro en italiano. Por ejemplo, si decís "pecado", es una palabra muy pesada, muy fuerte;



pero si decís "pecaduci", resulta menos amenazante, más acariciante. Y así dice el mundo: "pecaduci". Si decís "pasione", que en español decís "pasión", es una palabra muy fuerte; pero si la ponéis en diminutivo decís "pasioncele". Ya no da tanto miedo. De nuevo, si decís "vicio", es una palabra amenazante, pero si decís "vicieti", es más suave. Así habla el mundo.

El mundo tiene miedo de todo, excepto del pecado. Tiene miedo de la contaminación atmosférica, de los males oscuros incurables, pero no tiene miedo de la guerra a Dios, que es el Eterno, el Omnipotente, el Amor.

Jesús dice: *"No temed a los que matan el cuerpo, temed sólo a quien tras haber matado tiene el poder de echar al fuego eterno"*.

Esta situación ambiental ejerce una influencia tremenda también sobre los creyentes, que quieren vivir a pesar de todo según el Evangelio.

Produce en ellos un adormecimiento de las conciencias, una especie de anestesia espiritual; estamos todos más o menos anestesiados, hermanos. El pueblo cristiano ya no reconoce a su verdadero enemigo, el amo que lo tiene esclavizado, sólo porque se trata de una esclavitud dorada. Más que en liberarse del pecado, todo el empeño está concentrado hoy en liberarse del remordimiento del pecado. En vez de luchar contra el pecado se lucha contra la idea de pecado.

La Escritura dice que *"Cristo ha muerto por nuestros pecados"*. Quita el pecado y habrás hecho vana la Redención misma de Cristo, habrás destruido el significado de su muerte. Cristo habría luchado contra simples molinos de viento, como don Quijote. El primer paso, pues, en nuestra salida del pecado, es reconocer el pecado, reconocerlo en su tremenda seriedad, despertarnos del sueño en el cual nos han echado las exhalaciones del mundo.

**SEGUNDO PASO:** Los Hechos de los Apóstoles nos cuentan que al oír aquella terrible acusación de Pedro, *"Vosotros habéis crucificado a Jesús de Nazareth"*, los presentes se sintieron con el corazón traspasado y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: *"¿Qué tenemos que hacer, hermanos?"* Pedro les contestó: *"Arrepentíos, arrepentíos"*. El segundo paso, por lo tanto, hermanos, es **arrepentirse del pecado**.

Pero, ¿qué significa arrepentirse? La palabra original, metanoeine, significa un cambio de pensamiento, de mentalidad. Ahora bien, no se trata de cambiar nuestro modo de pensar por otro modo de pensar también nuestro, diferente del anterior. No se trata de sustituir una mentalidad nuestra por otra también nuestra, o un juicio por otro juicio. Se trata, y aquí está el secreto, de sustituir nuestro modo de pensar por el modo de pensar de Dios, nuestra mentalidad por la mentalidad de Dios, nuestro juicio por el juicio de Dios. Sí, arrepentirse es entrar en el juicio de Dios. Dios tiene un juicio sobre nosotros, sobre nuestro estado espiritual, sobre nuestra conducta. Este juicio es el único total y absolutamente verdadero. Sólo Dios conoce hasta el fondo nuestro corazón, nuestras responsabilidades y también nuestros atenuantes. Dios lo sabe todo sobre nosotros. Arrepentirse es hacer nuestro ese juicio de Dios sobre nosotros, diciendo: Dios mío, me someto a tu juicio, "Tú eres justo cuando hablas y recto en tu juicio". Son palabras del Salmo 51, el famoso Miserere. *"Tú eres justo cuando hablas y recto en tu juicio"*.

Todo eso comporta una compunción, o sea, una especie de punzada en nuestro corazón, porque para dar la razón a Dios debes negártela a ti mismo, debes morir a ti mismo. Incluso, porque apenas entras en el juicio de Dios, ves lo que es el pecado y te espantas. Si el mundo supiera qué es verdaderamente el pecado moriría de espanto.

Un componente esencial del arrepentimiento, cuando es sincero, es el dolor. El hombre no sólo reconoce haber actuado mal, sino que se entristece por haber actuado así, y se entristece no sólo por el castigo que ha merecido y la pena que deberá padecer, sino mucho más por el disgusto que le ha dado a Dios, por haber traicionado su amor tan grande. Se entristece por lo que el pecado ha hecho sufrir a Jesús en la cruz. El verdadero dolor no nace más que en presencia del amor. *"Me amó y se entregó a Sí mismo por mí"*.



Las lágrimas son a menudo el signo visible de este dolor que entenece el corazón y lo lava. Es bueno, hermanos y hermanas, pedir experimentar una vez este lavado de fuego. Un día, mientras meditaba sobre la agonía de Jesús en Getsemaní, este mismo filósofo que citamos esta mañana, Pascal, sintió una voz resonar dentro de sí. La voz de Jesús, decía: "¿Quieres costarme siempre sangre de mi humanidad sin que tú derrames una sola lágrima en tu vida? Yo soy más amigo tuyo que aquel o aquel otro, porque he hecho por ti más que ellos; más amigo que tu mujer, que tu padre, que tu madre. Ellos nunca sufrirían por ti lo que Yo he sufrido y jamás morirían por ti en tu infidelidad como Yo lo he hecho".

Hermanos y hermanas, ¡basta con las lágrimas que hemos derramado sobre nosotros mismos, lágrimas de complacencia! Pedimos lágrimas nuevas, lágrimas de arrepentimiento y de amor. En el arrepentimiento obra ya el Espíritu Santo, por más que lo haga "con" y "sobre" nuestra libertad. El prodigio del arrepentimiento es que, apenas el hombre se sitúa contra sí mismo, Dios se pone a su favor; de inmediato lo defiende de todas las acusaciones, incluso de las acusaciones de su mismo corazón, dice S. Juan.

Apenas el hijo de la parábola ha dicho: "*Padre, he pecado*", el Padre dice: "*Rápido, traed aquí el vestido más hermoso*".

El segundo paso, pues, es el arrepentimiento del pecado. Para llevar a cabo ese paso no se requiere que inmediatamente, ahora mismo, sintamos en el corazón aquella punzada y que de nuestros ojos broten las lágrimas. Si es así, tanto mejor. Esto depende de la gracia y puede tener lugar o de inmediato o lentamente, sin que nos demos cuenta. Lo que se requiere es comenzar inmediatamente a desear y querer arrepentirse, diciéndole a Dios: "Hazme conocer la verdadera contrición. No me niegues esa gracia antes de morir". Querer arrepentirse es ya arrepentirse.

**TERCER PASO: Romper definitivamente con el pecado.** En este paso sigue guiándonos la Palabra de Dios. S. Pablo dice: "*Consideraos muertos al pecado*". Y de nuevo: "*Que no reine más el pecado en vuestro cuerpo mortal*". A esta palabra le hace eco aquella de Pedro que dice: "*Uno que ha sufrido en su carne ha roto con el pecado para vivir el resto de su vida guiado por la voluntad de Dios, no por deseos humanos. Bastante tiempo pasasteis ya viviendo en plan pagano*". Este paso consiste, pues, en decir ¡basta! al pecado. Esta es la fase de la decisión o del propósito.

¿De qué se trata? Es muy sencillo, por lo menos decirlo. Hacerlo es un poco menos. Se trata de tomar la decisión, en lo que de nosotros depende, sincera e irrevocable, de no cometer más pecados. Dicho así, la cosa puede parecer veleidosa y poco realista, ¿verdad?, pero no lo es. Nadie de nosotros se convertirá en impecable de un día para otro. Pero tampoco es esto lo que Dios quiere de nosotros.

Cada uno de nosotros, si se examina bien, caerá en la cuenta de que junto a los muchos pecados y defectos que comete cada día, hay uno distinto de los demás. Distinto porque es más voluntario. Se trata de ese pecado al que en secreto estamos un poco apegados, que confesamos, sí, pero sin una real voluntad de decir ¡basta! Ese pecado del que nos parece que ya no podemos liberarnos, por el simple motivo de que no queremos liberarnos, o no queremos liberarnos de inmediato.

S. Agustín, en sus Confesiones, nos describe su lucha por liberarse del pecado de la sensualidad, de la impureza. Hubo un momento en que imploraba a Dios diciendo: "Señor, concédeme castidad y continencia", pero añadía secretamente una voz: "No inmediatamente, Señor". Hasta que llegó el momento en que se gritó a sí mismo: ¿Por qué mañana, mañana, mañana, por qué no ahora; por qué no este mismo momento significará el fin de mi vida vergonzosa? Bastó con decir este ¡basta! para sentirse libre. El pecado nos tiene esclavizados mientras no le decimos un verdadero ¡basta! Entonces, pierde casi todo el poder sobre nosotros.

Jesús nos dice como al paralítico de la piscina de Betsaida: ¿Quieres curarte? Parece una pregunta inútil, superflua, pero no lo es. ¿Lo quieres verdaderamente?, dice Jesús, "porque si lo quieres de verdad lo conseguirás".

Para descubrir cuál es en nosotros "ese" pecado especial, hay que tratar de ver qué es lo que tememos que se nos quite. Lo que, sin confesarlo, defendemos. Lo que mantenemos a nivel inconsciente y no sacamos a la luz para no vernos luego obligados a renunciar a ello bajo los estímulos de la conciencia.



Más que de un pecado particular se trata, a menudo, de un hábito pecaminoso. Por ejemplo, ver ciertos programas televisivos, o de una omisión a la que hay que poner fin.

Concretamente, ¿qué hay que hacer? En un momento de recogimiento, durante una Misa o en este Retiro mismo, ponernos en presencia de Dios y, de rodillas ante el Santísimo, decirle: "Señor, Tú conoces bien mi fragilidad, como también yo la conozco. Fiándome por eso sólo de tu gracia y de tu fidelidad, te digo que quiero de ahora en adelante abandonar aquella satisfacción, aquella libertad, aquella amistad, aquel resentimiento, aquel pecado. Quiero aceptar la hipótesis de tener que vivir de ahora en adelante sin eso. Entre el pecado y yo, ese pecado que Tú sabes, se ha acabado cualquier relación, digo ¡basta! Ayúdame, Señor, con tu Espíritu, renueva en mí un espíritu firme, mantén en mí un ánimo generoso. Yo me considero muerto al pecado". Después de esto, hermanos, el pecado ya no reina más en nosotros, por el simple motivo de que tú ya no quieres que reine, pues de hecho reinaba precisamente en tu voluntad.

Sin embargo, hay que insistir en un punto. Esta es una decisión en la que hay que actuar de inmediato; si no, se pierde. Hay que hacer a la primera ocasión un acto contrario, aprestándose a decir el primer ¡no! a la pasión o a la costumbre pecaminosa, pues de no ser así éstas recobran inmediatamente todo su poder. Este filósofo que era también un gran creyente, escribe en una obra: "A uno la palabra de Dios le ha revelado que su pecado es la pasión del juego, no el juego inocente, por supuesto.

Es esto lo que Dios le pide como sacrificio. El ejemplo puede extenderse a otros hábitos pecaminosos, naturalmente, como la droga, la bebida, un rencor, decir mentiras, un estado de hipocresía, un hábito impuro, etc. Ese hombre, convencido de pecado, decide deshacerse de eso y dice: "Señor, hago voto solemne y sagrado de no volver a jugar jamás, jamás, jamás. Esta noche será la última vez". No ha solucionado nada, ¿lo habéis entendido bien? Seguirá jugando como antes, toda la vida, y diciendo: "Esta noche será la última vez". Si acaso, él debe decirse a sí mismo: "de acuerdo, mi querido hombre viejo, de acuerdo. Todo el resto de tu vida, todos los días, tú podrás jugar, pero esta noche no". Si mantiene su propósito y esa noche no juega o no comete ese pecado, está salvado. Probablemente, no volverá a jugar el resto de su vida.

Nuestro ¡basta!, para ser sincero, debe referirse no sólo al pecado, sino también a la ocasión de pecado. Y hablo en este momento en particular a los jóvenes. La ocasión de pecado. Hay que rehuir, como recomendaba la moral tradicional, la ocasión próxima de pecado, pues mantenerla sería como mantener el pecado mismo. Y hay lugares, hay diversiones, que son ocasión próxima de pecado. La ocasión hace como ciertos animales feroces, que encantan e hipnotizan a la presa para así poder devorarla sin que ésta pueda moverse ni un sólo centímetro. La ocasión pone en movimiento en el hombre extraños mecanismos psicológicos, consigue encantar la voluntad con este sencillo pensamiento: "Si no aprovechas la ocasión, ya no la volverás a encontrar; es de tontos no aprovechar la ocasión", y así se cae. La ocasión hace caer en pecado a quien no la evita, como el vértigo hace caer en el precipicio al que se acerca a la orilla.

### **CUARTO PASO: Consiste en destruir el cuerpo del pecado.**

S. Pablo alude a una última operación en relación con el pecado, que es la de destruir el cuerpo mismo del pecado. Dice: "*Tened esto presente: el hombre que éramos fue crucificado con Él para que se destruyese el cuerpo del pecado*". Quiere decir que Jesús en la cruz virtualmente ha destruido el cuerpo entero, es decir, la realidad del pecado. Tal vez pueda haceros comprender esto contando de qué manera me lo ha hecho entender el Señor a mí, que tengo la cabeza bastante dura. Un día estaba recitando el Salmo que dice: "*Señor, Tú me sondeas y me conoces, de lejos percibes mis pensamientos, todas mis sendas te son familiares*". Un Salmo que, recitándolo, te hace sentir como radiografiado por la mirada de Dios, atravesado de parte a parte por su luz, desde el nacimiento hasta ahora.

En un momento me he encontrado con el pensamiento al lado de Dios, como si yo mismo me estuviera escrutando con su luz. En la mente ha aflorado muy nítida una imagen bastante extraña, la de una estalagmita; es decir, una de esas columnas calcáreas que se forman en el fondo de algunas grutas



milenarias por la caída de gotas de agua calcárea del techo de la gruta. Al mismo tiempo, he tenido la explicación de esta imagen: mis pecados. En el transcurso de los años han caído en el fondo de mi corazón como esas numerosas gotas de agua calcárea; cada uno de ellos ha depositado allí un poco de cal, es decir, de opacidad, de dureza, de resistencia a Dios, uniéndose al anterior pecado y haciendo una única masa. Como sucede en la naturaleza, el grueso desaparecía como el agua, gracias a las Confesiones, a las Eucaristías, a la oración, pero cada vez quedaba allí algo no disuelto, y ello porque el arrepentimiento y el propósito ¡ay de mí! no eran totales ni absolutos, no eran perfectos. De esta manera, mi estalagmita había crecido como una columna, como una gran piedra que me apesadumbraba.

Entonces he comprendido de repente qué es ese corazón de piedra del que Dios habla en la Escritura, cuando dice: *"arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne"*. Es el corazón que nos hemos creado por nuestra cuenta a fuerza de compromisos y de pecados.

¿Qué hacer en esta condición? No puedo eliminar esa piedra con sólo mi voluntad, pues está precisamente en ella, en la voluntad. Aquí acaba la parte del hombre, lo que en Teología se llama "ex opere operantis", y empieza la parte de Dios, que se llama "ex opere operator", por más que Dios no estaba ausente tampoco en los actos precedentes. Es decir, aquí acaba "mi parte" y empieza la parte de la gracia de Dios. El hombre puede cometer el pecado, pero no puede destruirlo. Sólo Dios puede perdonar los pecados. S. Pedro aquel día, tras haber dicho *"Arrepentíos"*, añade *"Bautizaos, confesando que Jesús es el Cristo, para que se os perdonen los pecados"*, uniendo de esta manera indisolublemente el arrepentimiento con el Sacramento. El arrepentimiento es nuestra parte; el Sacramento es la parte de Dios.

Tratándose de la primera conversión a la fe, el Sacramento era en aquel caso el Bautismo. S. Pedro el día de Pentecostés no podía decir "id a confesaros", no, pero para nosotros es diferente. Tratándose de personas que han vuelto a pecar después del Bautismo, el Sacramento es el de la Penitencia, eso que los Padres llamaban "la segunda tabla de salvación ofrecida a quien naufraga después del Bautismo".

*"Hijos míos - dice S. Juan - os escribo esto para que no pequéis, pero en caso de que uno peque, tenemos un defensor ante el Padre, Jesucristo, que expía nuestros pecados"*. *"La Sangre de Jesús - dice también - nos limpia de todo pecado"*. La Sangre de Jesús es el gran y potente disolvente que en el Sacramento de la Penitencia, gracias a la potencia del Espíritu Santo, puede disolver el cuerpo del pecado. Por lo demás, nuestro modo de acercarnos al Sacramento de la Penitencia, hermanos, debe ser renovado en el Espíritu, para que sea verdaderamente eficaz y resolutivo. Renovar el Sacramento en el Espíritu significa vivirlo, no como un rito, un hábito o una obligación pesada, sino como una necesidad del alma, como un encuentro personal con Cristo resucitado que, a través de la Iglesia, nos comunica la fuerza salvadora de su Sangre y nos devuelve la alegría de estar salvados.

**QUINTO y último paso de nuestro éxodo pascual:** Nosotros podemos cooperar en la destrucción del cuerpo del pecado secundando la acción de los Sacramentos. Sobre todo de dos formas: con el sufrimiento, la cruz, y con la alabanza. La Iglesia denomina todo esto "satisfacción o expiación" y lo simboliza con la pequeña penitencia que impone al que se ha acercado a la Confesión. No sé en España cómo es esta pequeña penitencia.

Esta pequeña penitencia es un signo, indica un acto y una actitud que debe prolongarse más allá del Sacramento. S. Pedro en el texto ya familiar dice: *"Por tanto, dado que Cristo sufrió en su carne mortal, armaos también vosotros del mismo principio, que uno que ha sufrido en su carne ha roto con el pecado"*. De esta manera, él establece un principio de gran importancia: quien sufre, rompe con el pecado; quien acepta su cruz, su sufrimiento, su enfermedad, ha roto con el pecado.

El sufrimiento, después de que el Hijo de Dios lo ha santificado al pasar por Él, tiene el misterioso poder de disolver el pecado, de deshacer la trama de las pasiones y desalojar el pecado de nuestros miembros. Sucede como cuando se zarandea con violencia un árbol y todos los frutos marchitos caen a tierra: los pecados, las pasiones... Nosotros no sabemos por qué es así, pero sabemos que es así, lo constatamos a diario en nosotros mismos y en torno a nosotros.



"Sufrir - decía Juan Pablo II en su encíclica sobre el sufrimiento – sufrir significa convertirse en particularmente sensibles a la obra de las fuerzas salvíficas de Dios, ofrecidas a la humanidad en Cristo, y que vienen de la cruz de Cristo". No se trata normalmente de ir en busca del sufrimiento, sino de acoger con ánimo renovado el que hay ya en nuestra vida. No desperdiciar este sufrimiento, que significa sobre todo no hablar de él sin una necesidad real; no hablar de nuestros sufrimientos a derecha y a izquierda, guardarlo celosamente como un secreto entre uno y Dios para que no pierda su perfume. Por más grandes que sean tus penas, decía un Padre antiguo del desierto, tu victoria sobre ellas está en el silencio. ¡Difícil, difícil, pero eficaz! Junto al sufrimiento, otro medio potente para destruir el cuerpo del pecado es la alabanza. La alabanza es por excelencia el anti-pecado. Al inicio de su carta a los Romanos, S. Pablo dice que hay un pecado madre, un pecado que es el fundamento de todos los pecados, y se llama la impiedad. Y este pecado consiste en conocer a Dios (no es el pecado de los ateos, por lo tanto), consiste en conocer que hay Dios, pero no darle gloria y no darle gracias como se le debe a Dios. Esto es el pecado madre: la impiedad. No alabar, no agradecer a Dios, sino gloriarse en sí mismo.

Entonces, si el pecado madre es la impiedad, es decir, el rechazo de glorificar y dar gracias a Dios, lo exactamente contrario al pecado no es la virtud, sino la alabanza. Lo repito: lo contrario del pecado no es la virtud, sino la alabanza de Dios. Hemos finito, hemos acabado.

Concibiendo nuestra liberación del pecado como un éxodo pascual, hemos hecho una emigración en masa de Egipto. Esta debe transformarse ahora en una fiesta, tal como sucedió en el primer Éxodo. Y pido a los jóvenes que cantan que preparen un canto de júbilo. Los hebreos se habían mostrado reacios a moverse de Egipto, y cuando llegaron ante el Mar Rojo se sintieron por un momento presos de temor y murmuraron..., pero apenas atravesaron el Mar, desde la otra orilla se sintieron presos de una incontenible alegría y se pusieron a cantar igual que Moisés y María, diciendo: "*Cantaré al Señor, sublime es su victoria, caballos y carros ha arrojado en el mar*".

Así lo queremos hacer nosotros ahora. El Faraón que Dios ha arrojado en el mar es el demonio y nuestro pecado, nuestro hombre viejo; sus caballos y caballeros son nuestros pecados actuales. Él ha arrojado en el mar todos nuestros pecados, ya no están más. Habiéndolos arrojado al Mar Rojo, ahora nos ponemos en camino hacia nuestro Sinaí. Habiendo celebrado la Pascua, nos disponemos a celebrar Pentecostés. Nuestro corazón es ahora un odre nuevo dispuesto a recibir el vino nuevo que es el Espíritu Santo. AMEN.

### **El pecado en la Iglesia\***

*P. Rafael Braun*

*Tienen muchas razones para preguntarse por qué elegí escribir sobre el pecado en la Iglesia. Mi respuesta es simple: porque amo a la Iglesia y la verdad nos hace libres. Proclamamos en el Credo que la Iglesia es una, santa, católica y apostólica. Santa por ser el Espíritu Santo el alma de ella, pero no porque sus miembros seamos santos.*

La primera década del milenio ha sido pródiga en escándalos públicos de pastores investidos de grandes responsabilidades, tanto episcopales como presbiterales. Ello ha ocurrido en Estados Unidos, en varios países europeos y en nuestro país. El último caso resonante ha ocurrido en Paraguay. No podemos ocultar el daño que estos hechos producen en quienes estiman, con razón, que sus pastores deberían tener conductas ejemplares. Nos encontramos a diario con sentimientos de asombro, de bronca, de vergüenza, de desconcierto, de tristeza y dolor. ¿Qué nos está pasando?

\*

\*

\*

Decía Pablo VI en 1975: "La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas" (EN, 20). Una manifestación de esta ruptura es la casi





desaparición cultural del concepto de pecado. La tentación a la que sucumbieron nuestros primeros padres – y a la que seguimos sucumbiendo – decía: “Dios sabe muy bien que cuando ustedes coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y serán como dioses, conocedores del bien y del mal” (Gen.3,5). El hombre contemporáneo no se concibe como una criatura religada a un Dios creador. Se considera autónomo, autor de su propia ley moral. Quienes juran por la Constitución nacional, ¿creen verdaderamente que Dios es fuente de toda razón y justicia? ¿Nos sentimos responsables ante Dios de nuestras conductas públicas y privadas? ¿O el único juez es nuestra conciencia? La estructura del pecado original – mandato divino, tentación del maligno, libre respuesta (en Adán y Eva des-obediencia; en Jesús obediencia) – no es ya una matriz operante en nuestra cultura, mal llamada “occidental y cristiana”.

¿Cómo repercute esta cultura en la Iglesia? A mi juicio, en profundidad. El sí que pronunciamos como respuesta a la iniciativa salvadora de Dios en Jesucristo es condicionado: sí, pero... La palabra empeñada no se cumple. Recorramos brevemente los sacramentos y examinemos nuestra vida. Anualmente somos convocados en la Vigilia Pascual a renovar nuestras promesas bautismales, ocasión que se repite en los bautismos de niños a que asistimos. ¿A qué renunciemos? “Al pecado para vivir en la libertad de los hijos de Dios; a los engaños del mal para no ser esclavos del pecado; al Demonio, que es autor del pecado.” La fidelidad a esta renuncia nunca podrá ser perfecta, porque la condición de pecadores nos acompañará hasta la muerte. Pero lo que tenemos que examinar es cómo vivimos nuestra infidelidad.

Sigamos nuestro recorrido por las promesas matrimoniales., desde la infidelidad hasta la ruptura del vínculo y una nueva unión. Pareciera que una actitud muy difundida es considerar que el ideal es deseable en teoría pero que en la práctica es casi imposible. Prevalecen los criterios culturales relativistas de nuestro tiempo por sobre la propuesta contracultural de Jesús. El sí es seguido de un... siempre y cuando.

El compromiso religioso y sacerdotal, que debería ser un modelo de ejemplaridad en el cumplimiento fiel de la entrega, largamente discernida y preparada, al Señor, se ha debilitado de tal forma que sin dudas ha incidido en una fuerte declinación del número de candidatos tanto a la vida sacerdotal como religiosa. Esta crisis compromete el futuro de la Iglesia en Argentina por lo menos en las próximas dos décadas.

¿Cómo vivimos estas infidelidades? Me temo que no como pecados. Argumentos psicológicos parecen explicar, apoyar y excusar cualquier tipo de decisión. Autojustificamos a veces las infidelidades personales que permanecen secretas porque nos avergüenzan. En otros casos hacemos ostentación, como cuando sacerdotes anuncian desde el altar, mientras celebran la misa para su comunidad, que han elegido una nueva forma de vivir obviando el celibato. Peor aún es el escándalo público, que sin pudor ni vergüenza, desde obispos hasta fundadores de importantes movimientos religiosos, desnudan conductas incompatibles con la función que desempeñaban.

El pecado es inherente a la conducta de cualquier cristiano. Pero una vida cristiana no se concibe pecando gravemente en forma habitual y seguir participando en la Eucaristía. Ni tampoco acercándose a la Reconciliación sin arrepentimiento ni propósito de enmienda. La doble vida es la semilla de la corrupción eclesial, y de ella somos principalmente responsables los pastores de la Iglesia.

Pido perdón a las diversas comunidades eclesiales por nuestros malos ejemplos y tibieza, y les propongo apropiarnos del primer mensaje de Jesús: “Conviértanse y crean en la Buena Noticia” (Mc.1,15).

\* Publicado en la Revista Oasis de Paz, Año 4 No. 13 - Junio 2009, Santa Catalina



### **PREGUNTAS PARA AYUDAR A REALIZAR UN EXAMEN DE CONCIENCIA**

- ¿ Valoro lo que Dios en su bondad ha hecho por mí?
- ¿Qué regalos me ha hecho Dios?
- ¿Qué alegrías he experimentado?
- ¿Cómo me ha demostrado su amor, su misericordia?
- ¿Qué talentos o tareas me ha encomendado el Señor?
- ¿Qué me ha querido decir a través de las alegrías y dificultades que he experimentado?

#### *I.- En relación con Dios y con la Iglesia:*

- ¿ Amo al Señor con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas? ¿Lo amo por encima de todas las cosas?
- ¿Confío siempre en Dios como en un Padre que me quiere y me acompaña en todo momento? ¿Lo pongo todo en sus manos o quiero hacerlo yo solo?
- ¿Tengo fe en Dios, o me rebelo contra Él cuando no veo realizada mi voluntad? ¿He caído en superstición o en otra practica ajena al cristianismo?
- ¿Acostumbro a leer la Palabra de Dios para conocer más a Cristo? ¿Me formo, me preocupo por hacer crecer mi fe.
- ¿Hago oración con frecuencia? ¿Hablo con Él y le cuento lo que me pasa? ¿Cuándo lo hago: al levantarme durante el día, en cualquier momento de recogimiento, por la noche? ¿Sé lo que es esperar al Señor, escucharlo? ¿Busco en la oración conocer la voluntad de Dios para mi vida?
- ¿Participo en la eucaristía? ¿Sólo el domingo o también algún día entre semana? ¿Soy legalista en mi forma de vivir la fe o la vivo en el Espíritu, entregándome a Dios de todo corazón?
- ¿Cuido mi relación con María? ¿Acepto su cuidado maternal, me dejo formar por Ella? ¿Recurso a Ella en la oración, medito su vida?
- ¿Participo activamente en la Iglesia? ¿En algún grupo, realizando alguna actividad, etc?
- ¿Me suelo confesar con cierta regularidad?

#### *II. En relación con los demás*

- ¿Cómo está la relación con mi familia? ¿Con mis padres? ¿Con mis hermanos? ¿Con mis abuelos?
- ¿Cuido mi servicio en casa? ¿Trato de estar lo más posible con ellos?
- ¿Soy detallista, cariñoso, amable en el trato? ¿Tengo paz o suelo ser irascible? ¿Obedezco sin protestar? ¿Soy humilde con ellos?
- ¿Cuido mi relación con mis amigos? ¿Les llamo y salgo con ellos? ¿Tengo confianza para compartir con ellos mis cosas? ¿Los ensalzo y me alegro con sus éxitos en la vida?
- ¿Comparto los bienes que tengo, los talentos que Dios me ha dado? ¿Pongo mis cualidades al servicio de los demás? ¿Soy agradecido con las personas?
- ¿He ofendido a otras personas con el pensamiento, de palabra o de obra?
- ¿Soy capaz de perdonar cuando me han ofendido? ¿Vuelvo a confiar en alguien cuando me ha defraudado?
- ¿He mirado en menos a otros, considerándome superior y despreciando su amistad? ¿Hago acepción de personas? ¿Odio a alguien, tengo antipatías?
- ¿Respeto los derechos y la dignidad de los demás? ¿Respeto su tiempo y necesidades? ¿Manipulo a las personas para que se haga lo que yo quiero?
- ¿He llevado mi noviazgo con responsabilidad y respeto? ¿He valorado a mi Novia/o y la he respetado siempre?
- ¿He abusado en mi beneficio de la debilidad o necesidad del otro?



### III En relación con mi trabajo, estudios, con mis bienes:

- ¿Tengo prioridades en mi vida y soy firme para llevarlas a cabo?
- ¿Soy responsable con aquello a lo que me he comprometido? ¿Evito asumir responsabilidades? ¿Me cuesta ser fiel a mis compromisos? ¿Soy de fiar?
- ¿Me dejo llevar fácilmente por las ganas?
- ¿Soy egoísta con mis cosas? ¿Me cuesta prestar, compartir o regalar lo que tengo? ¿Tengo miedo de perder mis propiedades?
- ¿Le dedico el tiempo necesario al estudio? ¿Soy irresponsable y estudio sólo el último día? ¿Copio en los exámenes? ¿Falto a clase?
- ¿Trabajo con responsabilidad en aquello que me han encomendado? ¿Evito el trabajo o estoy dispuesto a trabajar siempre que me lo piden?, ¿Trabajo más de la cuenta descuidando otros aspectos de mi vida?
- ¿Me gusta hacer cosas por los demás para acercarlos a Dios? ¿Me preocupo por los más necesitados, por los que no tienen nada?
- ¿He robado en alguna ocasión? ¿Me he quedado con cosas prestadas?
- ¿He caído en el afán por la riqueza o el poder (codicia, consumismo)? ¿Me da rabia o me angustio cuando me falta el dinero? ¿Soy libre frente a los bienes?

### IV. En relación conmigo mismo

- ¿Me enfado conmigo mismo, con Dios y con los demás cuando no veo realizado mis planes y proyectos? ¿Acepto los fracasos y los cambios de planes con buen ánimo?
- ¿Digo siempre la verdad o la emmascaro? ¿Me doy tal como soy a los demás o me cuesta que conozcan mi verdadero yo? ¿Soy siempre el mismo con todos? ¿Me importa el qué dirán, quedar siempre bien? ¿Me gusta cómo soy?
- ¿Soy humilde? ¿Acepto mis limitaciones? ¿Cedo cuando no tengo razón?
- ¿Cuido mi lenguaje?
- ¿Respeto mi cuerpo: en la bebida, en la comida, en las horas de sueño? ¿He tomado drogas? ¿Me conservo puro: masturbación, imágenes en video, revistas, internet, conversaciones? ¿Cuido demasiado mi salud?
- ¿Me suele dominar la tristeza, el escepticismo, el agobio por el futuro, el desánimo, la melancolía?
- ¿Estimo justamente mis capacidades y talentos y los desarrollo adecuadamente?
- ¿Soy prudente en lo que hablo? ¿He criticado a otros? ¿He dicho cosas que no tenía que decir? ¿Hablo más de la cuenta? ¿Sé escuchar a los otros?
- ¿Me enojo con frecuencia por cualquier cosa? ¿Soy alegre en el trato? ¿Soy optimista? ¿Acepto con buen ánimo las cruces y dificultades? ¿Soy paciente?
- ¿Tengo envidia de los demás, de lo que tienen y de cómo son?
- ¿Soy celoso en mis amistades, en mi noviazgo?
- ¿Soy perezoso? ¿Me cuesta ponerme a trabajar, me cuesta levantarme?



### Preguntas para sembrar en la charla y recuperar en la Reunión de Grupo:

¿Que me enseñaron del pecado? ¿quien me enseñó? ¿porque me enseñaron?

¿Si no me hubiesen enseñado nada, como me doy cuenta que pequé?

¿Que pasa si pecco?

¿Que pecados existen? da lo mismo?

Todos pecamos: ¿Me preocupa o acepto esa parte de mi vida sin que signifique algo?

¿Qué le enseñamos a nuestros amigos de nuestros errores?

¿Qué conversamos con los demás de este tema?

¿Me libero del pecado en mi vida o sigo siempre igual de esclavo?

¿Tiene repercusión social mi pecado o no me importa?